



**MÓNICA ASUNCIÓN  
LÓPEZ**

nacido en Guayaquil,  
Guayas, en 1969.  
Trabaja en el Colegio  
Fiscal Guayaquil. Sus  
actividades favoritas  
son leer y escribir.

# Un lindo negro

**P**edro alzó la cabeza y limpió su negra frente. Miró el monte, escuchó el canto de los azulejos a su alrededor. Aquí una loma, otra próxima allá. Y al fin, postrado sobre sus rodillas, con las manos horizontales, alzó la cabeza lentamente mirando al cielo, agradeciendo a ese Dios que a veces parecía haberlo abandonado, pero que renacía en él cuando concedía sus peticiones: esa era la tierra que había buscado.

Nada había a su alrededor. Siguió explorando con la vista: a su derecha descubrió un señorial cerro, muy al fondo, donde años más

tarde encontraría restos de antiguos aborígenes. Sonrió de nuevo y se sacó la sencilla y trapajosa camisa para ponerse a trabajar inmediatamente: con una rama halaba el monte y con la otra cortaba con el machete. Trabajó quizá una semana y finalmente las lomas estuvieron listas para ser habitadas. Fue una labor ardua y pesada, pero al fin lo logró: cortó con su hacha un tronco largo y muy ancho, eso le tomó una semana más, y así lo dejó listo. Ese tronco sería su primera canoa: la llamó La Mocha; estaba chueca y mal hecha, pero era útil; lo acompañaría por muchos inviernos hasta que pudo pagar una. Usó un tronco similar, tal vez un poco más corto y regordete, para hacer una batea para lavar ropa y un último tronco sirvió para diseñar un pilador de arroz manual.

Los troncos que consiguió en el cerro y en las lomas, mucho más largos, fueron para la casa que sus hermanos, Cristóbal y Lorenzo, le ayudaron a construir. Ellos eran hábiles en esos menesteres; la terminaron en dos semanas. Al fin quedó hecha su casa de caña y cade<sup>1</sup> en la loma más grande, así cuando subiera la creciente no se iría a pique. Cuando la terminaron se veía como una típica casita del campo con largos troncos, una escalera y corrales para los animales en la parte baja. Por fin pudo traer a Elena, su mujer, y a sus tres niñas pequeñas.

En el invierno, cuando la creciente llegaba e inundaba los campos, Elena se asomaba por la ventana y podía ver a su marido trabajando muy duramente en la chacra o en las tierras aledañas, sembrando arroz. Lo amaba profundamente aunque a veces le temía, pues cuando venía con hambre podía ser bravo de verdad, así que procuraba hacer su labor de cocina a tiempo. En buenos tiempos, cuando había mucha cosecha, tenía que cocinar de madrugada y unirse a su marido para ayudarlo a recoger la cosecha, en ocasiones hasta las niñas ayudaban.

---

1 Hoja de la palma de la tagua.



Pedro mantenía a su familia —que creció con la venida del último hijo— con sus cultivos de arroz. Cuando no era invierno trabajaba con productos en la chacra, que luego llevaba a Guayaquil. Eran los años cuarenta y no existía el Puente de la Unidad Nacional, por lo que en una canoa grande, prestada, Pedro bogaba por lo menos tres horas, de la Aurora a Guayaquil. Llegaba a El Astillero y de ahí al mercado central, donde Gavilanes le intercambiaba el producto por comida. Cuando regresaba, bogaba la mayoría de las veces al lado de los lanchones o gabarras que transportaban guineo, que iban tan llenos que, por lo general, dejaban caer generosamente los gajos en el río; Pedro los recogía pacientemente, llegando con la canoa llena del guineo verde o maduro. Luego era muy bien recibido en su casa porque estos ayudaban a pallar el hambre en épocas duras.

Subía al cerro en temporada de choclos, de donde traía, por lo menos, dos sacos de maíz seco o lo que aguantara el burro.

Aprovechaba los sembríos abandonados para secar el maíz y lo traía a su casa: algunos los reservaba para las gallinas y los patos, y los demás los ponía en grandes ollas a hervir y luego los rallaba con su fuerza de hombre de campo, para que Elena se luciera haciendo unas ricas tortillas que degustaba toda la familia, con el delicioso café pasado.

Mucho después llegó una temporada que Pedro siempre recordaría con temor y respeto, una época que contaría a sus nietos como la de los dos inviernos. Para ese entonces ya tenía varios vecinos y todos sufrieron las inclemencias del mal tiempo. Ahora se entiende que se trataba del fenómeno de El Niño, pero en aquel entonces, sin la tecnología moderna y con su limitado conocimiento, no se lo denominaba así. Todos perdieron sus cosechas, el hambre se hizo presente, el invierno no cesaba, las lluvias eran espantosas y más de uno murió a consecuencia de los rayos de las tormentas eléctricas. El mismo Pedro fue alcanzado por uno cuando utilizaba su hacha cortando un guachapelí. Alcanzó a arrojarla muy lejos, no sin antes sentir el sacudón que lo dejó postrado por varios minutos en el suelo, todo tembloroso. Tras regresar a su casa, se recuperó bajo el amoroso cuidado de Elena.

En este mismo tiempo, la loma alta donde estaba la casa de Pedro se fue a pique y no le quedó más remedio que irse a tierra amarilla (tierras altas) e improvisar una choza para salvaguardar la vida de su familia. Sentado, pensaba qué hacer para no morir de hambre; las niñas estaban delgadas, los recursos escaseaban, las cosechas se habían perdido. Dio la vuelta alrededor de su choza y se rascó más de una vez la cabeza. Entonces pensó en las recomendaciones de su padre para estas necesidades: recordó que él, en alguna ocasión parecida, le dijo que había sobrevivido gracias a los peces de las pozas, así que fue hasta una de ellas y la encontró llena de chemes (pez de agua dulce con aspecto poco

agradable, pero comestible). Trajo muchísimos, los saló ayudado de su mujer y luego, cuando estuvieron secos, los pusieron en sacos y con ellos se alimentaron, pero los niños se cansaban de comer pescados.

Un día, iluminado por su espíritu de supervivencia, tal vez cansado de comer pescado, observaba el cerro y viéndolo tan frondoso y tupido se le ocurrió una gran idea, que no sería un trabajo fácil, pero podría mejorar su situación. Fue hasta el cerro y cortó árboles que convirtió en leña. Se la llevó a Samborondón y a Salitre, donde la vendió muy bien, puesto que las personas utilizaban cocinas de leña y fogones. Así pudo llevar comida a su casa y sus hijos no tuvieron que comer el pescado seco que llegaron a detestar. Esto lo ayudó todo el invierno hasta que el mal tiempo pasó.

Los amigos del negro siempre recordaban una pelea memorable en un salón de Salitre, donde tres hombres le habían buscado bronca. Tircio, bastante cobarde por cierto, lo había acompañado aquella vez; él solía relatar la historia cuando se reunían a beber, riéndose con toda la mandíbula, dejando ver la encía desierta de dientes, luego se ponía en posición, casi como si lo estuviera viviendo y él mismo fuera el protagonista. Entonces boxeaba con los contrincantes imaginarios a fin de detallar cada escena de la pelea. Tircio pateaba y seguía repartiendo puños al aire y, de repente, se paraba señalando a un lado, donde, según él, había caído el primero; se viraba y pegaba arriba y abajo, y de repente señalaba otro lugar donde cayó el segundo; y por último pateaba a un último enemigo imaginario y daba cuatro o cinco puñetes en la cara para señalar su caída. Lo decía con mucho respeto, pues secretamente agradecía no haber tenido que participar. Terminaba diciendo que un hombre, desde una mesa vecina, testigo de todo, alzó su vaso de cerveza y exclamó con gran admiración: "¡Pero qué

lindo negro!" Esa historia contada por sus amigos acompañaría siempre a Pedro.

Los vientos fueron y vinieron, el tiempo pasó, los hijos crecieron. Pedro y Elena envejecieron en su campo vía Salitre, aquella tierra que no llegó a ser caserío ni recinto, pero fue su hogar. Más tarde llegó la luz eléctrica que reemplazó a los candiles, la televisión reemplazó a la radio y mermó a los escuchas de Radio Cristal. Llegó el Puente de la Unidad Nacional que reemplazó y restó importancia a los caballos y canoas. Y las ciudadelas añiñadas reemplazaron a los campos de arroz. Los familiares y vecinos emigraron a la ciudad, pero Pedro jamás abandonó su campo: esa era su tierra, sus inicios. Murió ahí un 2 de noviembre, como para ser recordado cada Día de los Muertos en Pascuales, cuando todos acostumbraban ir con su mejor ropa al cementerio y luego a los bailes en los canchones.

Ahora Pedro está enterrado con mi madre y mi abuela en la misma tumba, allá en Pascuales. Mi madre era una de sus hijas y yo una de aquellas nietas que se sentaban a escuchar sus historias de vida, fieles a la verdad, pues fueron confirmadas por mis tíos. Admiro su manera de enfrentar la vida y haber sacado adelante a su familia, él nunca bajó sus brazos; y nosotros, aunque criados lejos del campo, aún volvemos a él de vez en cuando para recordar nuestras raíces montubias, que salen a flote en nuestro carácter férreo y en la actitud de echados para adelante, herencia de Pedro Carranza, mi abuelo.